

**MENSAJE PASTORAL NAVIDEÑO
DE SU BEATITUD, EL METROPOLITANO TIKHON
2014**

¡CRISTO HA NACIDO! ¡GLORIFIQUÉMOSLE!

Al honorable clero, a los venerables monásticos y a los piadosos devotos
de la Iglesia Ortodoxa en América,

Mis amados hermanos y bendecidos hijos en el Señor,

¡Les saludo a todos con la alegría de la Fiesta más gloriosa de la Natividad de Nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo! Tal como San León el Grande nos hace recordar en el sermón para la Natividad, “al adorar el nacimiento de nuestro Salvador, nos damos cuenta de que celebramos el comienzo de nuestras propias vidas, porque el nacimiento de Cristo es la fuente de vida para los cristianos, y el día de nacimiento de la Cabeza es el día de nacimiento del Cuerpo.”

De verdad, nos regocijamos y celebramos en este gran día. Pero no olvidemos a aquéllos para quienes la estadía en la tierra no es nada alegre, a los perdidos, a los que andan y buscan, a los que están solos y olvidados, a los enfermos, a los que están presos y perseguidos, a los hambrientos y sedientos y a aquéllos que, como el Niño Cristo, “no tienen en dónde sentar su cabeza.” Si el nacimiento de Cristo es el comienzo y la fuente de nuestras vidas, entonces no es sólo nuestro deber, sino también nuestra bendición y honor compartir la luz de Cristo Recién Nacido, con los que están “en el valle de la sombra de la muerte,” y así vamos a dar a conocer el amor de Dios que se derrama de manera tan abundante e incondicional sobre todos los que la aceptaren.

Nuestro Señor proclamó buenas noticias a los pobres, les dio la vista a los ciegos y curó todo tipo de enfermedades. Conocemos muy bien la pobreza, la ceguera y la enfermedad espirituales que llenan nuestro mundo hoy. Y sabemos que es esencial seguir recordando que “con Dios, todas las cosas son posibles,” (Mateo 19:26) justamente porque “Dios está con nosotros” (Mateo 1:23) y nos llama a que nos hagamos “partícipes de Su naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). Aun nuestras expresiones aparentemente insignificantes de amor y compasión por “los más pequeños de los hermanos” (Mateo 25:40) hacen que lo imposible se vuelva posible y lo mundano milagroso, igual que el nacimiento divino que celebramos hoy.

Las huestes angelicales clamaron hoy a los humildes pastores: “¡No tarden en el campo, oh, ustedes que pastorean los corderitos del rebaño! ¡Clamen en voz alta y canten alabanzas, porque Cristo el Señor ha nacido en Belén!” No tardemos en cantarle alabanzas a nuestro Señor encarnado, no sólo con nuestras voces, sino también con los actos incondicionales de amor, gentileza y compasión. Tal es el fruto de las buenas noticias que fueron proclamadas hace más de dos mil años. Y tal es el corazón mismo de nuestro ministerio común para encarnarle a Él en nuestros corazones y en nuestras vidas, y en los corazones y en las vidas de los que Él continuamente prepara para que Lo encuentren.

Quisiera asegurarles de que rezo por todos ustedes, para que nuestro Señor no sólo nos provea en nuestro ministerio común como Su Cuerpo, sino que también fructifique nuestros esfuerzos. ¡Que la divina bendición que Él trae al mundo de manera tan libre nos acompañe a todos ahora y a lo largo del nuevo año que viene!

Con amor en el Cristo Recién Nacido,



†TIKHON
Arzobispo de Washington
Metropolitano de Toda América y Canadá